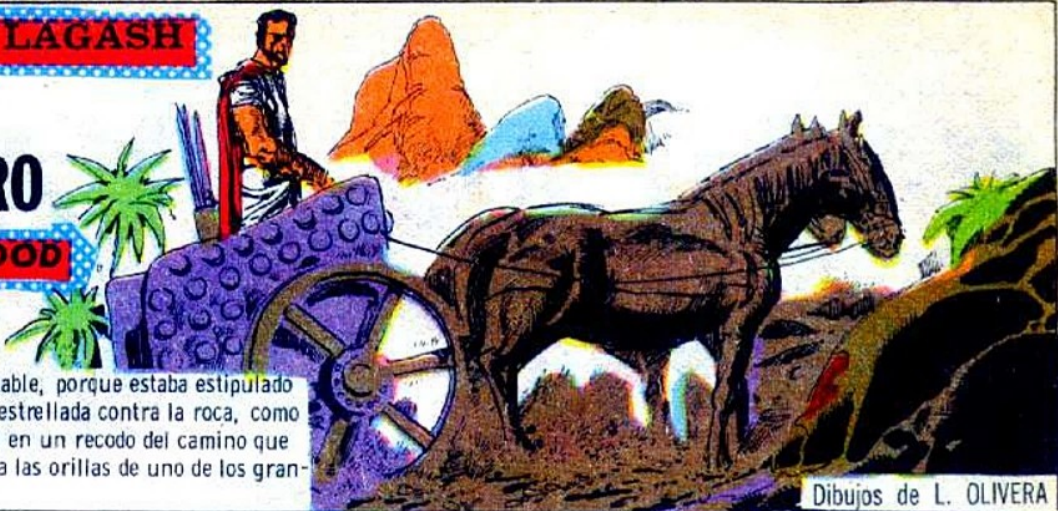


NIPPUR DE LAGASH

RAM, EL ARQUERO

Por ROBIN WOOD

Vi la sangre porque era inevitable, porque estaba estipulado por los dioses que yo la vería estrellada contra la roca, como una roja flor espinosa... La vi en un recodo del camino que va hacia Sarmes, la que está a las orillas de uno de los grandes ríos.



Dibujos de L. OLIVERA



Alto.



(Sangre... Rastros de huellas profundas con los tacones muy hundidos aquí. Allá se hunde la punta de los pies y los tacones se alzan...)



(Una melladura en esta roca... Algo la golpeó...)



(Y aquí hay trozos de cuero y bronce... Saltados durante la pelea sin duda alguna. Porque eso hubo aquí. Pelea...)



Sé leer los rastros en la tierra como el ciego lee en los rumores o el sordo en los gestos. Vivo atado a los caminos infinitos y sé comprender las mudas palabras del polvo y de las piedras y de los fantasmas que anidan en ellas.



(Seguiré adelante. Esto no es nada que a mí me toque. No es prudente el hombre que endereza los rotos tallos del sembrado ajeno...)



(Por lo tanto...)



(¿Qué es esto?)



(Un trozo de tela... De vestido de mujer... Ella corría mientras la pelea bramaba a sus espaldas.)

(Ella huyó hacia lo alto de la montaña. Hu-
yó corriendo sin hacer caso de espinas
ni piedras... Huía desesperadamente...)



(Esto requiere otro pensamiento, Nip-
pur. No es una simple lucha de vaga-
bundos. Hay una mujer que huye en-
tre estos espinos... ¿De quién huye?
Alguien luchó. ¿Quién?)



Y la sombra se extendió en la tierra ante
mí y oí la voz calma y lenta.

¿ Te interesan tanto esas huellas que no
apartas tus ojos de ellas, forastero?



El hombre era de piel oscura y largos ca-
bellos anudados en la nuca. Apoyado con
languidez en un arco de guerra. Llevaba
un carcaj de cuero y oro a la espalda lleno
de flechas y un cuchillo de degüello en la
cintura. Había profusión de adornos de oro
en su cuerpo.



¿ Quién eres tú?

Soy Ram, el arquero. ¿ Has oído hablar de
mí?



Sí. He oído hablar de Ram y su des-
treza inverosímil. Ha recibido mucho
oro por sus flechas, como un campe-
sino lo recibe por sus cerdos. Es
un vendedor de muerte.

Sí. He oído hablar de ti.



¿ Qué ocurrió aquí? Hay huellas de com-
bate y de una mujer.

Ah, sí.



Ven conmigo. Aquí cerca está nuestro cam-
pamento.



¿ Cómo te llamas,

Nippur.



Me miró perezosamente, pero con luz in-
cisiva en sus ojos. No soy falsamente mo-
desto. Sé que mi fama ha cruzado los es-
pacios de muchas naciones. El había oí-
do hablar de mí.

¿ El de Lagash?

Sí.





Allí está nuestro campamento.



Ese repugnante nórdico de rostro de cerdo es Songar, el hombre que paga por mis flechas.

¡No te atrevas a hablar así, Ram!



Cállate, infeliz tripudo, si quieres algún día poner las manos sobre la doncella. Cállate. Oírte hablar me duele la cabeza. Cállate.



El hombre gordo calló. Evidentemente pagaba a Ram por algo, pero le temía. Y Ram lo despreciaba con el helado desprecio que sienten los mercenarios por el hombre inútil que necesita de ellos.

No deseo discutir más. Ozor murió.



Vi a media docena de hombres de armas agrupados a la sombra de un bosquecillo. No muy lejos se veían dos cuerpos cubiertos con sus mantas. Ram escupió.

¡Puah! Siete hombres y no fueron capaces de capturar a un simple pastor.



No es un simple pastor, Ram. Sacó espada y cuchillo y luchó con sabiduría, dando tiempo a la joven Irez para que huyera. Es hombre de armas.



Ram impulsó la cuerda de su arco que sonó como si fuera voz humana.

Mejor. Me gusta cazar piezas difíciles.



¿Qué es esa pieza humana que persigues, Ram? ¿Quién es ese Ozor que ha muerto? ¿Quién es esta bola de grasa que necesita de tus servicios?



Te lo puedo decir porque eres un hombre de armas aunque no pertenezcas a mi especie. Voy a cazar un hombre que ha robado una mujer.

Es fea acción.



No en este caso pues la joven huyó de buen grado con el joven. Ella es la sobrina de este hombre grasiento que está tras nuestro y quien la despose deberá hacerse cargo de sus campos y riquezas que son muchas.

No profundicé mucho en esto, pero se me ha dado a entender que el grasiento Songar desea esos campos y esas riquezas a cualquier precio. Decidió desposarla...

Rió sordamente y escupió.

No tomó en cuenta que hay ocasiones que es más fácil torcer la corriente de un río que la voluntad de una mujer. Ella se negó y ningún látigo fue suficiente.

Además resultó existir un joven misterioso y sumamente enamorado como todo joven que se precie de serlo. Este joven penetró en la casa de Sangor, le rajó la cabeza a dos esclavos y se llevó a la muchacha.

Yo me hallaba por casualidad en el pueblo y de inmediato Songar me hizo llamar y me prometió un asno cargado de oro si me ponía a sus órdenes.

Y aceptaste.

Soy esclavo del oro como todos los hombres.

No todos lo son.

¿Tú no lo eres?

No.

Se rió con crueldad. Era un hombre experto en la vida y en los hombres.

No hables tan virtuosamente, incorruptible Nippur, pues si no eres esclavo del oro lo serás de algún sueño, de algún hombre o de alguna mujer. Todos somos esclavos de algo.

No le contesté. Oscuramente, yo pensaba lo mismo que él. Me puse de pie y recogí mi manto y mi espada.

Te agradezco la hospitalidad, Ram. Vuelvo a mi carro.

Ten cuidado si te topas con el joven. Estando yo en busca de huellas tropezó con estos ordeñadores de vacas e hirió a uno y mató a otro. El herido es ese Ozor, del que oíste.

Me cuidaré, no te afanes.

Me alejé del campamento de los perseguidores y retomé el sendero de cabra que llevaba al sitio donde dejara mi carro. Sentí zumbido de abejas alrededor mío.

(Fea cosa. Persiguen a dos jóvenes enamorados como si fueran bestias. Y ofrecen oro por sus vidas como si fueran criminales.)



(Allá está mi carro. Lo mejor será que me aleje hacia...)



(¿Y eso?)



¡Ven, Irez! ¡Podemos huir en este carro!



(Ah no, joven. No me dejarás a pie...)



(Lo siento...)



¡Ah!



¡Thinos! ¿Qué tienes? ¡Responde!

Mi... mi... brazo... Creo que está...



Es nada más que un pedrazo, muchacha. Nada serio.

¿ Quién...? ¿ Quién eres? ¿ Por qué nos atacas?



Soy el dueño del carro que ibas a robar. ¿ Te basta el motivo?

Yo no quería robar... Nos persiguen...



Ya lo sé. Me tope con una partida de cinco guerreros encabezados por un tal Songar, a pocos metros de aquí.



Los dos jóvenes se miraron y pude ver terror en los de ella y una llama rabiosa de coraje en los de él.

Se acercan. Debemos huir.

¡Sí!



El joven intentó levantarse, pero...

¡Ah! ¡Mi brazo!



Déjame mirar...

Cuidado...



Está roto. La piedra te sacó el hombro...

¡Oh, no!



No podremos huir... Nos alcanzarán.

¡Oh, dioses! ¡Estamos perdidos!



¿ Por qué hablas así? No creo que Songar intente nada contra vosotros... Sólo desea que la joven vuelva a casa.



¿ Eso crees, forastero? Tan profundo es el mar de tu ingenuidad que puedes sumergirte en él sin tocar fondo.



Cuéntale, Irez, lo que ocurrió la noche de nuestra fuga. Díselo.



Esa noche le notifiqué mi decisión de tomar como marido a Thinos, que es militar, en la corte de Tebas y a quien conocí en mi peregrinación a los dioses de las Tierras Negras. Entonces pareció volverse loco...



Insultó y vociferó y hasta me golpeó. Me ordenó que me casara con él... Yo había oído rumores de que codiciaba mi fortuna y comprendí que eran ciertos y me negué. Fui azotada...



Conseguí enviar un mensaje a Thinos por intermedio de una vieja criada que lo ayudó a entrar durante la noche en la casa.

Fue providencial. Songar envió un asesino a mi cuarto esa noche. Thinos lo sorprendió y lo mató. Comprendimos que sólo quedaba la fuga.



Y ahora no nos queda ni eso.



Ya veo.



Ven. Subiremos a Thinos al carro. Los caballos son fuertes y nos podrán alejar un buen trecho antes que llegue Songar.



¡Gracias, noble señor!



No lo vuelvas a hacer nunca. No beses mano humana. Todas tienen viejas sangres y pecados.

También tienen bellezas... como ésta que quedara prendida en la tuya, señor.



Déjame que te ayude...



Pero...



¿Tú...?



Tu fama de guerrero me era conocida, pero ignoraba tu cualidad de hombre de corazón frágil. No te muevas, Nippur. o te atravesaré el corazón.



¡Ya os tengo! ¡Me pagaréis todos los gastos ocasionados y esta estúpida búsqueda bajo este sol despiadado!





El sol perezoso y ardiente seguía lamiendo las rocas y el sendero de polvo. Con un cuchillo, Ram cortó mis ligaduras.



Ayuda a los jóvenes.

Luego se dirigió al cadáver de Songar y comenzó a despojarlo de sus joyas.

¿Cómo está Thinos?

Habrás que entablillar el brazo. El golpe no es nada.



Yo lo haré. Consígueme una lanza y rómpela en tres pedazos.



Veo que el joven está bien. Me alegro, Yo debo irme.

¿Por qué los ayudas-te, Ram?



Tú sabes cómo son las promesas de esta clase de gente, Nippur. Aire sobre polvo. Todo te ofrecen cuando te necesitan. Luego te mezquinarán hasta la última moneda de cobre. Preferí tomar solamente las joyas de Songar. Es tanto como lo prometido.



¿Solamente por eso lo hiciste?



Me miró sin decir una palabra, luego sonrió encogiéndose de hombros. Yo me reí sin disimular.

Hay algo acerca de tu corazón que tampoco tu fama cuenta, Ram.



Adiós, Nippur. Los dioses te acompañen.

Adiós, amigo.



Dio media vuelta y con paso ágil y cómodo se alejó entre las rocas con su gran arco de guerra atravesado en la espalda. Su nombre era Ram, el arquero, y tuvimos el mismo corazón en aquella tarde calurosa de sol y húmeda de muerte y dulce de juventud.



Fin